

Interpretación jovial de la conciencia.

Acercamiento irónico a los despliegues tradicionales de la identidad*

A jovial Interpretation of the conscience. An Ironical close up to the traditional displays of the identity

Juan Edilberto Rendón Ángel **

Recibido octubre 11 de 2010, aprobado noviembre 16 de 2010

Resumen

Este artículo hace una descripción de los cuatro despliegues que la conciencia —el producto principal de la tradición filosófico-religiosa de Occidente— está en capacidad de asumir: epistemología, ética, cristianismo y estética. Se les trata como exhibiciones de la conciencia y habilidad humanas de comunicarse e interactuar que tienen rasgos de los que se derivan su poder y respetabilidad: escenario, intención, propósito u objetivo, exigencia, procedimiento, criterios —positivo y negativo—, la utilidad de vida humana, un conflicto, una actitud activa, una emoción pasiva, una clave filosófica, un ámbito y una autoridad. Finalmente, habrá un quinto despliegue con un propósito jovial, de talante irónico, comprometido con la contingencia, liberado de la obsesión seria de la tradición filosófica que se niega a interactuar con la literatura.

Palabras claves: despliegue, ironía, conciencia, identidad, filosofía, literatura, metafísica.

Abstract

This paper makes a description of four unfoldings that conscience, the main product of the Western philosophic-religious tradition is able to assume —epistemology, ethics, christendom and aesthetics. They are treated as deployments of human conscience and abilities to communicating and interacting that have traits of which their power and respectability is derived—a scenario, an intention, a purpose or objective, a demand, a procedure, positive and negative criteria, their utility to human life, a conflict, a passive attitude, a philosophical key, an environment, and an authority. Finally, there will be a fifth infolding with a gay purpose, and an ironical mood, committed with contingency freed from the serious obsession of the main philosophical tradition that refuses any interaction with literature.

Key words: unfolding, irony, conscience, identity, philosophy, literature, metaphysics.

* Este artículo hace parte del proyecto *La identidad en re-construcción: Implicaciones y consecuencias de la relación de la identidad personal con la literatura*. Asesorado por el profesor Ph.D. José Olimpo Suárez Molano. Instituto de Filosofía, U.de.A, semestre II/2009.

** Filósofo. Mg. en Filosofía. Correo electrónico: jerarc@une.net.co

Acaso nosotros hayamos descubierto justo aquí el reino de nuestra invención, aquel reino donde también nosotros podemos ser todavía originales, como parodistas, por ejemplo, de la historia universal y como bufones de Dios, - ¡tal vez, aunque ninguna otra cosa de hoy tenga futuro, téngalo, sin embargo, precisamente nuestra risa!

(Nietzsche, 1997, §223).

1. Las claves para una descripción ironista de la conciencia

Desplegar es una forma gentil de acercarse a un texto escrito, visual o auditivo, y no lleva asociada la usual violencia que sí tiende a pensarse *implicite* en una definición del tipo “separación en partes constitutivas más simples”. Porque el análisis, divisor-simplificador, hace pensar en salas de disección, cuerpos inertes y formaldehído. Es una especie de curiosidad morbosa que no parece querer detenerse hasta que no se haya hecho el catálogo exhaustivo de la cosa-en-frente, ese rompecabezas por crear y armar. Análisis: dícese del lúgubre arte de la minucia: “Sin el primado del análisis no cabe ciencia alguna” (Sloterdijk, 2004, p. 150). Querer conocer como quiere conocer el análisis, *exhaustivamente*, es una operación taxonómica: extrae las vísceras a lo que sólo puede comprenderse vivo.

Por el contrario, *interpretar* —la acción asociada al despliegue— es una descripción no precisa, que no requiere de escalpelo ni de morgue. Lo que la interpretación pierde en detalle, lo gana en comprensión. No tiene las definiciones del análisis pero tampoco lo preocupa el pixelado de su objeto. Lo que busca es *comprender* la interacción con el entorno: etología hermenéutica, actitud en la que desaparece la distancia marcada por la relación sujeto-objeto de la analítica. En la interpretación *se asiste a una interacción entre entidades lexicales animadas*, lo que puede chocar al *decorum* de la filosofía tradicional y sus seriedades.

Por tanto, en lo que sigue se contemplará el *despliegue* interactivo de cuatro expresiones diferentes de la conciencia, entendida como el paquete de manifestaciones de la mente humana, tal como la comprendió

directamente Kant en sus tres críticas y como la comprendieron indirectamente los empiristas británicos Locke (2000, p. 15-97), Hume (1984, p. 171-309) y Berkeley (1992, p. 51-157). Conciencia significa —tanto para el gran crítico, como para los grandes adalides de la experiencia¹— la puesta en marcha de los dispositivos, a través de los cuales, los seres humanos podemos *tener mundo*. La conciencia monta escenarios y hace coreografías con características fascinantes y problemáticas al tiempo, lo que hace del “tener mundo” un complicado proceso, a través del cual se conoce, se decide, se valora, y —lo más importante— se *expresa*. Las características que poseen esos despliegues son las siguientes:

Todas ellas cuentan con un *escenario* exclusivo: todo despliegue puede asociarse con la metáfora del montaje teatral. Los mueve una *intención* específica, no siempre explícita, que define el *propósito* de su accionar. Y la preocupación por ser legítimos los lleva a hacerse a sí mismos una *exigencia*, que marca las posibilidades, expectativas y exageraciones de sus *procedimientos*. De ahí que se sometan —con resultados notables tanto para ponderar como para rechazar— al cumplimiento de *criterios*, de acuerdo con los cuales habrá uno que indicará la propiedad del despliegue, y que tendrá valor *positivo*, mientras que toda situación anómala que incumpla con su exigencia tendrá la valoración de criterio *negativo*.

Cada despliegue tiene que cumplir con la *utilidad* que se espera de él, por lo que, de acuerdo con la aplicación de los criterios, tendrá un *conflicto* inevitable que debe estar debidamente identificado por las características del despliegue mismo, de modo que su utilidad no resulte disminuida. La forma como se trata, en la medida de lo posible, de evitar el conflicto o de superar los inconvenientes y de cumplir con el criterio positivo, está marcada por su *actitud*, la que se puede considerar como

¹ El contraste propuesto aquí entre Kant y los empiristas no pretende hacerlos ver como los grandes “contrincantes” o “antagonistas” de un duelo. El tema de todos ellos es el *análisis y la descripción de la conciencia*: la diferencia se encuentra en “meras” prioridades descriptivas. Vistos así, pertenecen todos al mismo bando.

el rasgo activo de su proceder, al tiempo que posee un rasgo pasivo, fuente de su motivación, que es la *emoción* que le acompaña.

En lo que respecta a la clave *filosófica*, se verá que depende, en forma directa, de cada aspecto del despliegue, pero se asocia particularmente al *ámbito* humano al que cada despliegue está circunscrito, definido previamente por una *autoridad*, de corte implacable, acaso intransigente.

Los despliegues que se verán en la sección 2 —la epistemología, la ética, el cristianismo² y la estética³— expresarán los aspectos de su notoriedad teórica y los motivos de su quiebra, reconocida ya por los filósofos, pero que no ha hecho mella aún en la enorme influencia que siguen poseyendo. Por tanto, mencionar a Kant y a los empiristas tiene el propósito de señalar explícitamente que se trata de despliegues que se terminaron de acuñar y definir en el marco de la Ilustración, y vieron rota su promesa optimista-solipsista⁴ con los desfondamientos que el mundo —sintetizado al fin en totalidades aniquiladoras— sufrió durante el siglo XX, repleto de episodios convulsos, pero expresión homogénea de unos fundamentos que no sufrieron modificaciones.

Ante esta quiebra no reconocida, se propondrá una forma no totalizante de desplegar la conciencia, que se hace posible en el ámbito de la identidad personal en la clave de la filosofía del lenguaje carente de ánimos trascendentes —carencia que es su mayor ventaja. Es un proyecto de pequeña escala que no lidia con las grandes apuestas de

² Se incluye el cristianismo como un despliegue de la identidad por dos motivos: por su capacidad de integrarse y superar todas las crisis que ha tenido que atravesar y por influencia que tiene en Kant: la libertad, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma son presupuestos cristianos antes que crítico-prácticos.

³ Las cuatro son *formas* que adopta la conciencia de acuerdo con la *intención* que tenga y la emoción que la mueva. Este artículo las describe en tanto *acontecen*, poniendo el talante ironista que debe tener quien busca el compromiso expositivo con un tema que encuentra problemático y, así, tema que puede repensarse.

⁴ “Se puede definir la era de la metafísica clásica por el hecho de que en ella el motivo del autocobijo en una totalidad buena prima con mucho sobre el de la autoliberación, mientras que la Modernidad [y con ella la conciencia ilustrada] se distingue por el primado de la tendencia a la libertad frente a la necesidad de cueva y por el impulso a rebasar el horizonte. Antigüedad y Modernidad se diferencian por procesos de insularidad radicalmente opuestos” (Sloterdijk, 2004, p. 184).

esos monstruos convulsos a los que parece haber sucedido, por lo que la adenda con la que se cerrará este artículo hará referencia al mal crónico de toda teoría de gran formato: desplegar su propia megalomanía la lleva al colapso —su seriedad es fría, y los seres humanos, para poder “ser los que son”, necesitan habitar invernaderos tibios, acogedores, rientes⁵. Así que conviene hacer una descripción de los grandes rasgos de los cuatro despliegues: porque cualquier *intento analítico* de uno solo de ellos exigiría espacios enciclopédicos.

2. Los despliegues metafísicos de la conciencia: interpretación jovial

2.1 Epistemología: método y teoría del conocimiento

Este despliegue se remonta a los textos del Fundador de la Filosofía⁶ aunque no fuese el primero en haber pensado en términos filosóficos⁷. Su nombre mismo está compuesto por dos palabras griegas que se pueden traducir como “disciplina teórica que se ocupa del *conocimiento*”. Su escenario, es, por tanto, el conocimiento, entendiéndolo en su acepción restrictiva que hace de lo cognoscible lo verificable, es decir, se ocupa de aquellas situaciones cuyas condiciones puede establecer y controlar, de modo que den cumplimiento a su intención *catalogadora, explicativa*. De ahí que su propósito sea *inventariar las características de los objetos*, y que se exija a sí misma un *rigor* que se convierte en una de sus características más destacadas, el mismo que la lleva a proceder de acuerdo con el *método* que, por etimología —μετά οδός—, quiere decir “de acuerdo con un camino”, o “siguiendo un camino”. Los *criterios*,

⁵ Las referencias que se hacen a la literatura dentro de toda exposición filosófica no suelen ser bien vistas. La literatura le produce a la filosofía una aversión casi instintiva que Richard Rorty (1991, p. 23-42, 91-114) reconoció perfectamente, y de donde proviene su distinción entre ironistas dogmáticos y liberales (véase la sección 3). Jane Austen y Michel Foucault son ironistas liberales, es decir, escépticos no radicales que, al criticar a la filosofía, permiten que esta se reinvente.

⁶ Véase el símil de la línea, en *La República*, libro VI, 510a-511e (Platón, 1999, p. 400-404).

⁷ La tradición llama “presocráticos” a los primeros filósofos pensadores, los que se hicieron la pregunta por el αρχή, porque fueron los primeros en buscar una causa natural ajustada a sus observaciones, y sin que les fuera necesario apelar a las oscuras, potentes y autosuficientes fuerzas narrativas prerracionales del mito.

de acuerdo con los cuales constata, verifica, o se demuestra a sí misma que está actuando de acuerdo con sus principios, son *la verdad y la falsedad*, útiles para garantizar la *objetividad* del conocimiento. De ahí que el problema permanente que debe plantearse para poder cumplir con sus propósitos es el grado de objetividad que hay en la verdad, *la adecuación* que se presenta entre los objetos y los catálogos que se empeña en elaborar sobre ellos.

La permanente actitud de *búsqueda* es el elemento más vistoso de este despliegue: los objetos se le presentan al mismo tiempo como inagotables y problemáticos, por lo que el catálogo está siempre incompleto y lidia siempre con dudas permanentes acerca de la competencia de los instrumentos que usa para aproximarse y penetrar en los objetos, siendo el lenguaje el primero de ellos.

La epistemología tiene el raro privilegio de hacer surgir de su propio método, y a partir de su propia búsqueda, los problemas que luego querrá solucionar. De allí que su propósito mueva muchas veces mueva a confusión, y se la reduzca a una mera “teoría del conocimiento”, cuando su aspecto más importante no es el orden de las prioridades en el proceso de conocer —el eterno dilema de la “realidad” y, por ella, de la disputa entre empiristas y racionalistas—, sino su curiosidad incansable y un tanto indecente: sin esa falta de escrúpulo, la epistemología no hubiera contado con la contribución de dos modernos epistemólogos *ante litteram*: el agudo Andrea Vesalio (Sloterdijk, 2006, p. 58-61) y el fino Leonardo da Vinci. Sin embargo, la labor epistemológica es un oficio que tiende a hacer que se pierda la capacidad de maravillarse, sin que cese el impulso curioso: pues aquella carece de los aspectos adictivos de éste.

La clave filosófica del despliegue epistemológico de la conciencia es *múltiple*, porque sigue sin resolverse⁸ el diálogo de sordos entre los que dan más importancia a la experiencia y los que ponen el énfasis a la

⁸ La filosofía de la ciencia que se desarrolló a lo largo del siglo XX puede entenderse en esos términos. Quien no tenga en cuenta la permanente polémica que atravesó ese siglo puede reconocer que los conflictos siempre giraron en torno a la problemática de “lo real”.

reflexión. Su tema sin resolver —que le dio tema para rato a la filosofía de la ciencia en el siglo XX— es el problema de la realidad, heredero directo de los desajustes explicables de los esfuerzos kantianos por ponerle fin al problema del conocimiento objetivo. Sus instrumentos están cambiando constantemente, ganando resolución, lo que permite miradas mucho más detalladas, que hacen que el catálogo tenga que ser ampliado y rediseñado. El medio de acercamiento, que siempre cree claro, termina traicionándolo con la llegada de un nuevo dispositivo que el despliegue mismo descubre —y descubriendo, *inventa*—, imponiéndose, a sí misma, todos los inconvenientes que no supo, pudo o quiso prevenir⁹.

El ámbito de este despliegue es el *científico*¹⁰, entendido como todo lo que se refiera a los medios que permitan una representación más clara y distinta de sus objetos, *sean éstos estrellas, cuerpos humanos o armas de destrucción masiva*¹¹. De este deseo de lo “mejor”, en tanto es “lo más ajustado” provienen todos los *gadgets* que facilitan la vida, desde la perspectiva del *confort* y que, a su vez, hacen más compleja la interpretación de lo que se puede tener por “vida buena”. En ellos se incluye por igual los medios de telecomunicación, los implementos de logística militar, los aparatos médicos, los celulares, las ametralladoras, los telescopios y los rifles con mira telescópica, la planeación del saneamiento de ciudades y los ataques terroristas¹².

⁹ Un buen ejemplo de este aspecto que puede ser chocante para un filósofo de la ciencia es la resolución de las técnicas de observación. ¿Cuánto ajuste y reajuste hay entre los lentes que pulía Spinoza y que usaba Galileo y los modernos aparatos con tecnología *high definition*?

¹⁰ Desde el punto de vista de la metafísica, lo científico es *lo epistemológico expresado y desarrollado técnicamente, el arte serio de la propuesta de medios-para-hacer-algo y para analizar-algo*. Tiene un carácter funcional que apunta a un *hardcore* dado, de nuevo, por la metódica que se remonta hasta Kant y Descartes.

¹¹ Cualquiera que sean las visiones modernas y contemporáneas de “Ciencia”, se puede notar una actitud marcadamente vindicatoria en todas las teorías que pretenden defenderla como a la ciudadela interior de un castillo sitiado. Popper propone que las teorías se deben sostener por sí mismas, y la mejor forma de reconocer su fuerza es tratando de derribarlas.

¹² De acuerdo con Peter Sloterdijk, el terrorismo es *modus operandi*, producto del despliegue epistemológico: es “la explicación del otro desde el punto de vista de su exterminabilidad” (Sloterdijk, 2006, p. 88.) Se puede pensar aquí que puede haber una confusión entre ciencia y tecnología. Pero ¿Qué son ambas en términos epistemológicos, si no resultados articulados de una misma intención metódica? La epistemología es amoral como era amoral la ἀρετή griega.

Finalmente, la autoridad del despliegue epistemológico es el Científico, con la mayúscula que se asocia por un asunto de “respeto” a los sustantivos que indican una Persona-de-carne-y-hueso y, en la misma persona, a alguien Investido-de-Ley. El Científico emite leyes que producen confianza o intimidación. El ejemplo de esta “autoridad” es la caída de los medios de comunicación en el lugar común de invocar a “los científicos” como figura existente e inapelable: si “lo afirman los científicos”, ¿quién podrá dudar de que sea cierto? De hecho, tienen el privilegio de desmentirse sin que su reputación —protegida por el esmalte de lo Objetivo y endosada por el sello imperecedero de la Verdad— sufra mella alguna.

2.2 Ética: el problema de la tolerancia y la vida en comunidad

De nuevo se trata de una herencia griega. La palabra griega ἦθος equivale al nombre que tiene su propio escenario: el *comportamiento*. Como despliegue *consciente* de la existencia de otros despliegues, lidia con la pregunta: ¿cuáles son las condiciones de acuerdo con las cuales es posible vivir en compañía de otros? De ahí que su intención *proponga principios* y de que su propósito sea *decidir las normas de la vida en comunidad*. La polémica permanente les garantiza a los graduados en Derecho una fuente inagotable de trabajo y dividendos, dependiendo de sus escrúpulos y de la decisión implícita de salirse con la suya.

La exigencia filosófica que la ética se hace a sí misma es la de ser *responsable*. La responsabilidad es un aspecto elusivo, pues respecto a *qué o a quién* se la exige es un rasgo que tiende a ser ambiguo porque se inclina a ver la norma en términos individualistas a pesar del propósito comunitario de sus decisiones. De ahí que el *consenso*, su procedimiento, sea más un deseo dictado por la buena voluntad que por la posibilidad de hacer de él un mecanismo deliberativo exitoso.

La epistemología presenta muchos conflictos, pero es menos vulnerable que la ética al poseer recurrencias de un mayor nivel de confiabilidad. El caso de los criterios de uno y otro lo pone de manifiesto. Aunque la

epistemología no se resuelve jamás a terminar con un catálogo debido a que sobre la marcha reinventa sus objetos y sus medios de descripción, tiene una marcada tendencia a ofrecer *resultados* “exitosos”. Ser exitoso es, para la epistemología, ser verdadero: cargar con el lastre de que se le tenga que considerar *universal y necesario*.

Pero, en el despliegue ético, no hay criterios exitosos como en el epistemológico. El panorama es mucho más confuso y oscuro, pues se apela al concepto de lo “justo” para distinguir *lo bueno de lo malo*. Dependiendo de las normas consensuadas, decididas para regir el comportamiento, habrá un criterio que decidirá qué es *bueno y qué es malo*. El aborto¹³ y la eutanasia son “malos” —es decir, ilegales y punibles— en Colombia, porque al parecer ha habido una decisión colectiva al respecto. Pero, esta discusión es muy problemática, acaso innecesaria, si se piensa en términos de la utilidad ética, pues, si por tal utilidad se busca la *legalidad* de cierto tipo de acciones, no sólo el aborto y la eutanasia serían temas hueros, sino el consumo de cocaína y marihuana¹⁴, que desde la década de 1970 ha producido una serie interminable de problemas de nivel económico y social que, al parecer, son tenidos como “males necesarios” por algunos participantes del “proceso consensuado”. Los argumentos ofrecidos en contra de estos comportamientos siempre han sido muy pobres, principalmente, al reconocer el rasgo más relevante de este despliegue: *la libertad*, al mismo tiempo, su pretexto y su generador de conflicto, pues hace posibles cierto tipo de elecciones y comportamientos que no pueden ser tenidos por ilegales o punibles a pesar de que haya quien crea tener motivos para llamarlos “malos”.

¹³ Respecto al tema del aborto, véanse las columnas de opinión de Catalina Ruiz-Navarro (17/12/2009), (20/03/2009) y (15/07/2010).

¹⁴ Los medios de telecomunicación suelen utilizar el eufemismo “sustancias ilegales” para referirse a ambas, dando la impresión de que se incluyen “otras más” que no es necesario nombrar. Se puede escuchar con frecuencia que las figuras de relevancia política justifican la imposibilidad de legalizar tales sustancias porque las asocian con la pérdida de “valores” y con la “descomposición social”. Eso lleva a concluir una de tres cosas: que esas figuras relevantes viven en otro mundo, que creen a la gente ingenua o que no tienen empacho alguno en exhibir su descaro.

El conflicto que se presenta con la libertad es el de la relación de los ámbitos público y privado¹⁵, escenarios en los que acontece la vida humana. Si estuvieran delimitados correctamente, las elecciones de carácter privado no deberían ser ilegales ni punibles, a pesar de que haya un sector de la congregación deliberativa que se empeñe en verlos como prácticas “malas” o indignas¹⁶. Una mujer que decida interrumpir su embarazo o un hombre que opte por consumir marihuana o cocaína son elecciones *libres* que se pueden manipular e interpretar de las maneras más retorcidas si se antepone el capricho, el interés o el dogmatismo. Además, la polémica es irritante cuando intervienen en ella personas a las que les iría mucho mejor dedicándose a otra cosa, como garantizar que la cobertura educativa no atente contra su calidad. De allí que el *compromiso*, actitud que caracteriza este despliegue, haga que ciertos sectores, empeñados en no deliberar —o en “deliberar” para su propia causa o prejuicio— sigan enfrentado con los mismos problemas para trazar el límite entre lo público y lo privado, hasta el punto de pretender que ellos saben mejor que los demás lo que es “bueno” *para todos*.

Una cosa es tratar de hacer que alguien vea cuales pueden ser las consecuencias del uso de su libertad¹⁷. Y otra muy distinta es insistir en

¹⁵ El aborto es tratado en los medios de telecomunicación como si se pensara sólo en los casos que pueden llegar a ocurrir si se lo legaliza, dando a pensar que legalizar una práctica equivale a promoverla. Esta actitud es notable por su hipocresía: quiere convertir en tema público y tabú un proceder al que las mujeres —por sí mismas y sin consultarlo con nadie— siempre han tenido la opción de acudir y *han acudido* a lo largo de la historia. Una referencia a ese respecto, chocante pero bien fundamentada, es la siguiente: “Uno de los hechos más silenciados de las culturas es que casi todos los asesinatos de niños son cometidos por las madres. Esto explicaría por qué existe ese interés, de hondo calado antropológico, por reemplazar los menazgos primarios por los menazgos secundarios: madres por madres sustitutas, personas por dioses, máquinas y sistemas de solidaridad” (Sloterdijk & Heinrichs, 2004, p. 213).

¹⁶ El concepto de dignidad es uno de los más irritantes de la actualidad. Los realities, los cubrimientos televisivos de catástrofes naturales y los informes de prensa sobre conflictos armados hacen que ese concepto —que aparenta ser tan importante para sectores religiosos como el cristianismo en general y el catolicismo en particular— haya sufrido una inflación tal que ya no tiene “un valor de cambio” verdaderamente representativo.

¹⁷ Afirmar que estas posturas tolerantes son liberales es un riesgo. Es inútil mencionar a William James o a Richard Rorty, pues el ala reaccionaria del país haría oídos sordos o, peor, caería en otro de sus irritantes lugares comunes al hacer equivalentes el liberalismo —teoría filosófica que quiere ayudar a las personas a hacer un mejor uso de su libertad— con liberalidad —situación socioeconómica en el que cada quien hace lo que le da la gana, o busca cómo poder hacerlo—. Y proceder así es confundir la economía contributiva con el rebusque.

que todo acto que se encuentre “malo” deba, por ello, ser tipificado como “delito”. Porque, se prohibido o no, habrá mujeres que quieran interrumpir su embarazo, personas que estén hartas de su vida o que sientan preferencia por consumir cocaína y marihuana con niveles que van —tal como con el alcohol— desde el usuario ocasional hasta el incontinente empedernido. Algunos sectores de la comunidad piensan ingenuamente que la legalización de estas prácticas masificará su uso. Como si en este mismo momento fueran un peligro inminente que debe ser evitado con legislación coercitiva. Como si ya no estuvieran masificados.

Todos estos conflictos generados por el despliegue ético surgen de su emoción, la *solidaridad*, entendida como la disposición a aceptar y tolerar a otro como semejante, en la medida que se descubre la propia vulnerabilidad a través de la desgracia ajena. De ahí que el rechazo de algunas acciones sólo pueda provenir de los otros piensen que si alguien que pertenece a su comunidad *hace algo*, entonces ellos mismo, por muy vergonzoso que lo crean, también *lo pueden llegar* a hacer, una forma de pensar que se apoya en la sospecha y la incertidumbre asociada al autodesconocimiento.

La clave filosófica que ha querido responder a estos problemas tan complejos es *múltiple*. No obstante, hay dos formas notables de responder a la necesidad de estar reunidos: el constructivismo, que sigue las recomendaciones de Thomas Hobbes, y el contractualismo, que se apoya en Rousseau¹⁸. Ambos modelos se apoyan aún más básicamente en el *individuo* —en el temeroso, desconfiado, escalofriado y paranoico individuo que Zygmunt Bauman¹⁹ describe con tanta agudeza. Por lo que el ámbito *comunitario* de la ética queda en entredicho, y su autoridad, el *Sujeto de derecho* debería ser reemplazado, devaluado.

¹⁸ No fueron los primeros en pensar estos temas: Platón ya reflexionó sobre ambos modelos en las *Leyes* (véase 903b y 904b). Sin embargo, este artículo no requiere de remontarse hasta el Filósofo Fundador porque se trata de los despliegues de la identidad que surgen de los esfuerzos modernos por acuñar el concepto de sujeto.

¹⁹ Cf. (Bauman, 2003, 39-43, 55-8, 59-97, 157-65, 187-92); (Bauman, 2004, p. 27, 62-9, 79-100); (Bauman, 2005, p. 36-57, 115-19, 155-60).

2.3 El cristianismo: acerca de las “vías de la salvación”²⁰

Nietzsche no exagera demasiado cuando asegura que el cristianismo es platonismo para el «pueblo» (Nietzsche, 1997, p. 21). No busca otorgarle un gran status al cristianismo sino quitarle lustre al platonismo, comparándolo con la popular religión que se las arregló para pasar de ser intolerable para el Imperio Romano en el siglo I, a convertirse en su religión oficial en siglo IV. Tiene tanta importancia para occidente, que es ineludible reconocer que se convirtió en un despliegue autónomo.

Se podría pensar que el cristianismo es un ψευδοῆθος —no un *ethos supuesto*, un «como-si» dado por la creencia—, pues sigue muy de cerca los lineamientos del despliegue ético, asegurando su poder y autoridad con el patrocinio de entidades de tipo trascendente —como la de “Dios Todopoderoso”— que el despliegue ético puede desconocer. Sin embargo, desde sus orígenes ha poseído una enorme fuerza populista, del tipo “yo-sé-lo-que-quieres”, “yo-sé-lo-que-buscas” o “yo-sé-lo-que-necesitas”. Su escenario es la *revelación* que viene dada a través de la Biblia, un texto de inspiración divina dictado por el Aliento Divino²¹ a personas con una carga vital-emotiva especial, y tiene una intención *impositiva*, pues el cuerpo doctrinario no está abierto a la deliberación, sino que está señalado para la aceptación unilateral. El propósito del despliegue es *preparar la segunda venida de su salvador*; lo que hace del cristianismo un adelantado logístico que se dedica a efectuar el acondicionamiento de las locaciones para este evento de gran magnitud, como en la actualidad se hace, principalmente, con los conciertos de las estrellas de la *pop music*.

El cristianismo exige *sumisión* a la normativa revelada que es impuesta a través de la *prédica*. Tal *prédica* indica que el paternalismo es uno de sus rasgos más influyentes, pues la sumisión proviene de una fuente

²⁰ Véase la aclaración en la nota 2.

²¹ La palabra traducida como Espíritu Santo es el neutro Πνευμα: aire, aliento. En tanto tercera persona de la Trinidad, es el *medio* mismo de interrelación del Padre con el Hijo. Peter Sloterdijk hace una interesante interpretación de este vínculo en el capítulo 8 de su libro *Esferas I: Burbujas* (Sloterdijk, 2003, p. 547).

que se considera “verdaderamente” competente para saber qué es lo que le conviene a su feligresía. De ahí que la obediencia sea su criterio positivo y la desobediencia —en la forma sofisticada de su propia teoría, llamada pecado— su criterio negativo. Este proceder se justifica por su utilidad, o mejor, por ser la única opción para acceder a los bienes de consumo y a las gracias trascendentes que se asocian con la *salvación*.

El conflicto se presenta con la forma que adopta lo que en el despliegue ético se llama *libertad*, en una variante que sataniza²² la posibilidad de elegir que tiene asociada: el *libre albedrío*. El “mal uso” del libre albedrío consiste en la pérdida de la posibilidad de tener a Dios como fiador del crédito de la salvación eterna, lo que en el lenguaje técnico de este despliegue se llama pecado, y quienes incurren en él son reportados a un *outsourcing* —al parecer, un negocio de prestamistas paralelo e ilegal, negado por Juan Pablo II— que monitorea y audita las moratorias del debido pago por arrepentimiento. Este conflictivo endeudamiento de quienes usan el libre albedrío para algo distinto a lo que les fue ordenado se debe a que carecen de la actitud requerida, la *sumisión*, y es probable que esto se deba a que no sienten la emoción característica de este despliegue, el *miedo*²³. La soledad del creyente ante la puerta de las oficinas de su Dios —a la espera de que ventanilla reciba su petición sin garantía de trámite— es la expresión máxima de la soledad y el desamparo que se han convertido en patrimonio común de todos los habitantes de la fantasmática solipsista de la modernidad ilustrada.

²² Este verbo es elocuente al convertir en una *acción* reprochable a la figura de “*El Reprochable*”. La carga de censura que contiene la palabra no se deriva, no obstante, de la tradición cristiana, pobre en la caracterización de la Fuente-del-Mal. Es John Milton, en *Paradise Lost*, quien logra la mejor de las fundamentaciones teológico-literarias de este personaje enigmático del que provienen demasiadas cosas terribles para haber sido de una exégesis tan pobre. “Better to reign in Hell than serve in Heaven”. El verdadero “pecado” satánico no es la envidia: es el orgullo, la *υβρις* asociada a todas las personalidades fuertes de la narrativa histórica. Y, actualmente, es ahora propiedad general de personalidades no tan fuertes.

²³ Es notable que la emoción que debe ser uno de los rasgos esenciales del despliegue cristiano de la conciencia —es decir, el comportamiento cristianamente dirigido de la individualidad acuñada por la Ilustración— sea uno de los elementos decisivos del despliegue ético, al que atraviesa entrelazado con la desconfianza y la soledad, pero que, no obstante, no figura como un rasgo oficial de su descripción.

Este despliegue no tiene una clave filosófica. El *dogma* es, mejor, una instancia petrificada del devenir filosófico, que ha llevado la infatuación al extremo. De ahí que su ámbito tenga restricciones exclusivistas y que su autoridad sea el *Sacerdote*, entendiendo aquí el tipo-sacerdote que Nietzsche encuentra como depositario de toda voluntad de verdad²⁴.

2.4 Estética: la posibilidad de describir de otro modo

Este despliegue hace del *arte* una institución. Tiene una intención *interpretativa*, entendiendo por ella la disciplina que se ocupa *hallar el significado de una obra de arte*. Esto hace pensar que en la estética²⁵ como en una gran cantera en la que se trabaja día y noche para extraer de las obras lo que el despliegue mismo ya exige, o presupone en ellas: su *significado*.

La estética procede a través de la *crítica*²⁶. De ahí que los expertos se llamen a sí mismos “críticos de arte”. Sus criterios son *lo bello y lo feo*, e involucran directamente su utilidad, que es la *apreciación* del valor artístico de una obra, y el conflicto de la *subjetivización* de sus posturas, pues la respuesta a la pregunta: ¿es necesaria y universalmente feo o bello lo que la estética decide que es feo o bello? se vuelve imposible de formular, pues toda apreciación tiene una actitud *objetivante* hacia las obras que critica, lo que imita al despliegue epistemológico en su curiosidad catalogadora e instaura una paradoja en el momento mismo de la crítica, pues ¿cómo darle valor objetivo a una apreciación que tiene como conflicto la tendencia a hacer valoraciones subjetivas? Su supuesta emoción, la *neutralidad*, es decir, la no-emoción, es entonces imposible.

²⁴ El Científico del despliegue epistemológico —como ya se vio— y el Crítico del despliegue estético —como se verá—, también clasificarían aquí.

²⁵ La palabra griega de la que proviene el nombre de este despliegue mueve a una confusión mayor que la producida por la distancia temporal. La expresión *αισθησις* significa propiamente “percepción”, la capacidad de recibir estímulos externos. Este despliegue trata algo más complejo, y es darle una respuesta a la pregunta: “¿cómo resuelvo comunicativamente la emoción que algo en especial —ya sea una obra de arte o una situación puntual y aparentemente sin importancia de mi existencia— me produce?”

²⁶ Es posible que este apelativo provenga de la *Crítica del Juicio* de Kant, lo que pondría en entredicho la elección de tal forma de llamarse: no sólo Kant tiene dos críticas más que han ejercido una influencia no menos poderosa, sino que restringir la palabra “crítico” al escenario del arte es empobrecerla innecesariamente, mucho más cuando no es un estado o un modo de ser, sino un método de señalamiento de competencias y demarcación de límites.

La clave filosófica es *múltiple*: ya Platón asociaba lo bueno a lo bello en una doble implicación, y tanto el empirista Burke como el ilustrado Kant, el idealista Hegel como el neopragmatista Nehamas²⁷, han escrito sobre el despliegue estético de la conciencia y han hecho consideraciones sobre el status objetivo, ontológico, trascendente, valorativo y significativo de lo bello. Por eso es algo paradójico que su ámbito quiera ser tan *especializado*, tan restringido como el del cristianismo; de que, como ya se dijo, su autoridad sea del tipo-sacerdote, y que hasta tenga una especie de capilla en la que se exhiben los productos que han recibido su “aprobación” a la manera de una “absolución” —el museo. Lo cierto es que la crítica de arte es un privilegio restringido a una elite muy bien seleccionada.

Sin embargo, la exclusividad en la estética asociada al tipo-museo no puede impedir que exista un derecho, no oficial pero generalizado, a que cada quien se haga una opinión sobre lo bello y lo feo —en la clave caprichosa del “me gusta” o el “no me gusta”— que no es posible en ninguno de los tres despliegues anteriores. Esta arbitrariedad democrática permite que se comience aquí con un proceso en el que la descripción realizada hasta el momento se convierta en una *redescripción*, en un volver-a-decir que hace un viraje que abandona sus aspiraciones universalizantes. Rorty precisa el momento en el que este viraje fue posible:

En la medida en que se le puede atribuir a Freud opiniones filosóficas, puede decirse que es tan pragmatista como Nietzsche o, podría decirse también, tan modernista como Proust. Porque hacia finales del siglo XIX se hace posible, en cierto modo, considerar la actividad de redescripción con una ligereza mayor que nunca antes. Se tornó posible hacer prestidigitaciones [juggles, piruetas] con diversas descripciones del mismo hecho sin preguntarse cuál era la correcta, ver la redescripción como

²⁷ No es errado llamar a Alexander Nehamas neopragmatista, y ponerlo así en la misma línea filosófica de Richard Rorty. Nehamas es un gran lector de Platón y de Nietzsche, y su interés específico es la pregunta por la “vida buena”, pero su talante discursivo se encuentra en la misma línea de filosofía del lenguaje en términos de su ubicuidad. Cf. Su artículo “The sleep of reason produces monsters” y su libro *Only a promise of Happiness: the Place of beauty in a World of Art.*”

una herramienta, y no como la exigencia de haber descubierto una esencia. Con ello se tornó posible concebir un nuevo léxico, no como algo que se supone ha de reemplazar a todos los demás léxicos, algo que pretende representar la realidad, sino simplemente como un léxico más, un proyecto humano más, la metafórica elegida por una persona (Rorty, 1991, p. 58-9).

De acuerdo con esta manera de plantear el despliegue, la *estética* hace posible la redescripción, pero *no puede aceptarla* como un proceso establecido ni competente. Porque los cuatro despliegues de la identidad metafísica perderían su autoridad si aceptaran un mecanismo de renovación como éste, dado el estatismo estructural del que depende su sostenimiento como figuras totalizantes que no transigen.

Pues bien, como se verá en breve, es la filosofía neopragmatista la que adopta este mecanismo y no teme proponer un despliegue *dinámico* de la conciencia, es decir, uno que tiene la facultad de experimentar modificaciones y que no está obsesionado con hacer suyas cargas de poder del tipo metafísico.

3. La conciencia después de los despliegues metafísicos duros

A pesar de que en los museos el tema es de dominio exclusivo de los expertos, que se entrenan para sacar las conclusiones que crean pertinentes sobre las obras que critican, el despliegue estético es el más democrático²⁸ de los cuatro. La verdad y la falsedad en la epistemología se someten, por regla general, a la prueba del entorno empírico. Lo bueno y lo malo son un vórtice de intolerancia, capricho y contumacia. Pero con lo bello y lo feo sucede algo diferente. Los expertos podrán decidir —de acuerdo a la privatización y elitización de sus prácticas— qué sea o no arte, pero el problema de la subjetividad debe resolverse de un modo diferente al de apelar a un patrón establecido y propenso

²⁸ Se entiende por *democrático* aquello a lo que puede accederse sin tantas complicaciones y con un amplio margen de maniobra, sin que tal posibilidad de acceso desemboque en la completa arbitrariedad.

a la modificación, como lo hace la verdad, o a una práctica aceptada y propensa al repudio, como lo hace la ética. El despliegue estético está mucho más cerca de la *emotividad* y, por eso, es mucho más privado, en el sentido de lo difícil que puede ser que una persona resuelva su estado anímico para logra *transmitir* lo que ha podido sentir.

Este carácter privado de la experiencia estética está exento de los miedos y sospechas individualistas que recargan los tres despliegues anteriores, pues cuenta con una ventaja comparativa inicial: quien siente que algo es bello, sentirá un deseo irresistible de ponerse a hablar al respecto, necesitará de un interlocutor, de lo que un crítico prescinde. Logrará espontáneamente lo que no puede conseguir el despliegue ético, el más necesitado de todos de hacer que las criaturas-capaces-de-lenguaje se hablen y —sobre todo— se escuchen. La experiencia estética —a mitad de camino entre lo objetivo definible y lo subjetivo interpretable— logra llegar a momentos de acuerdo o buen desacuerdo que ninguno de los otros despliegues puede, por sí mismo, lograr.

Se propone, entonces, *un despliegue de la identidad personal en clave ironista, que aprovecha la fertilidad de las intersecciones semánticas entre corrientes lingüísticas diversas*. El escenario de este despliegue es *la obra de arte*, entendida como una unidad de generación de interpretaciones que entre en una forma especial de interrelación con una persona, y su intención es *estetizadora*. Su propósito es *crearse a sí mismo*, en el sentido restrictivo que ve a cada persona como una *conformación lexical especial*, no como una entidad de tipo trascendente o metafísica, sino *como un constructo histórico, lingüístico-textual*.

Se le concede aquí un status lingüístico, no ontológico a la identidad personal, pues constituye la alternativa ético-estética²⁹ al Sujeto Metafísico. De ahí que su *clave filosófica* venga dada por la *hermenéutica*

²⁹ Richard Rorty da una excelente razón para apoyar el nexo directo entre ética y estética el ponerlos en una línea de continuidad de corte aristotélico: “Freud echa abajo las distinciones tradicionales entre lo más elevado y lo más bajo, lo esencial y lo accidental, lo central y lo periférico. Nos deja con un yo que consiste en un tejido de contingencias antes que un sistema de facultades estructurado al menos virtualmente” (1991, p. 52).

neopragmatista fundamentada en Richard Rorty, de acuerdo con la cual el lenguaje es ubicuo y todas las estructuras dentro de él son contingentes y pueden ser modificadas, dependiendo de las necesidades comunicativas de quienes habitan el lenguaje y tienen espesor lingüístico, es decir, capacidad de generar interpretaciones.

La exigencia a la que se somete es el *perspectivismo*. Tener una perspectiva es ser capaz de tener una mirada particular del mundo, del ámbito contextual en el que el yo se desenvuelve, sin aspirar más que a exponerla, a narrar la forma como se logró adoptarla, diseñarla, darle el toque peculiar que la hace propia y, de ser necesario, *estar dispuesto a modificarla*: también existe el riesgo de la excesiva complacencia, que quita dinamismo *al proceso metafórico-redescriptivo*, que es su procedimiento. Su criterio positivo es *el estilo* que se puede definir como el esfuerzo narrativo por diferenciarse, la combinación indisoluble de forma y contenido, la capacidad de controlar una serie diversa de impulsos aparentemente contradictorios, y poner en ese control un elemento peculiar que funcione a la manera de un rasgo peculiar. Su criterio negativo es *la imitación*, el empeño en tratar de parecerse a alguien.

Este despliegue postmetafísico es de gran utilidad para hacer catarsis, para desahogarse, para apelar a una forma de expresión que medie el desfogue expresivo lingüístico. Tiene un conflicto directo con el problema del *relativismo*, que es el pecado interpretativo de no saber, no querer o no poder dar fundamentos competentes a las ideas que se quieren sostener³⁰. Su actitud es la *interacción* multimedial, su emoción —dada su utilidad catártica— es *múltiple*, y el ámbito al que está dirigido es la *literatura*, en tanto es la disciplina de creación que se ocupa de generar unidades autónomas y desplegadas llamadas obras de arte literarias, que reclaman un lector-hermeneuta para conformar esa sofisticada unidad de creación de sentido que se conforma en la

³⁰ Véase Rendón, Juan (2009). "La identidad en re-construcción". Informe de Proyecto de Investigación, Maestría en Filosofía Contemporánea. Capítulo 4.

interacción de ambos, gracias a lo que la obra *sugiere* pasivamente³¹ y, por ello, a lo que el lector *propone* activamente³². Los resultados de esta interrelación entre *sugerencia* y *propuesta* son las *interpretaciones*, que tienen a su vez una doble repercusión: *amplían* el horizonte hermenéutico de la obra y *enriquecen* el léxico que compone al lector.

Estas interrelaciones de mutuo beneficio e influencia no poseen autoridad a la manera de los despliegues metafísicos, sino que presentan una serie de casos afortunados, que permiten entrar en un diálogo — que posee diversos niveles de implicación— con el *ironista liberal*, una figura de gran importancia acuñada por Rorty y que guarda semejanzas afortunadas con los espíritus libres de Nietzsche:

[...] el hacedor vigoroso, la persona que emplea las palabras en la forma en que antes nunca han sido empleadas, es la más capacitada para apreciar su propia contingencia. Porque ella pueda ver, con más claridad que el historiador, el crítico o el filósofo que buscan la continuidad, que su *lenguaje* es tan contingente como la época histórica de sus padres o la suya propias. Puede apreciar la fuerza de la afirmación de que «la verdad es un ejército móvil de metáforas» porque, debido a su propia amplitud, ha pasado de una perspectiva, de una metáfora, a otra (Rorty, 1991, p. 48).

El *ironismo* es una disposición anímica que tiene influencia directa en el proceder expositivo y en la forma de problematizar la filosofía —es decir, en el talante— de cierto tipo de pensadores que se dedican a ella. Rorty considera que todo filósofo que plantea un buen tema se comporta como un ironista, pues manifiesta con ello que es un pensador

³¹ Esta pasividad no es un rasgo desfavorable, ni un defecto. Surge del carácter cerrado y terminado de la obra como producto de un autor que se comprometió con ella. Es cierto que se a esa pasividad está asociada a una vulnerabilidad inicial: los textos están a merced de sus lectores.

³² Esta actividad no se debe ver como un rasgo sin desventajas. El lector en la versión de este despliegue tiene una constitución *abierta, lexical, membranosa, contextual y hermenéutica*. Es dinámica, volátil y muy frágil, dada al capricho y a la inconstancia. Por eso, en el momento de entrar a interactuar con una obra de arte, debe tener siempre como postulado el de sustentar debidamente lo que la obra logra sugerirle: “La interpretación implica, cuando menos de manera intuitiva, atención y respeto al texto” (Nehamas, 2002, p. 137).

con el vigor suficiente para proponer un tema competente, para tener una postura novedosa frente a la fuerza impositiva de la tradición que hereda. Esa situación está abierta a la polémica, pero debe encararse con mecanismos expositivos sólidos y con una actitud considerada con las prácticas lingüísticas existente. Las posturas diferentes, en sí mismas transgresivas, deben proceder con la cautela suficiente para que sean tomados en serio, porque las insolencias exitosas, a la manera de Nietzsche, son casos aislados.

El inconveniente con el que se enfrentan los filósofos luego de lograr hacerse con un buen problema es que corren el riesgo de creer que ellos mismo encontrarán la solución definitiva a tal problema, con lo que tienen la propensión a caer en el dogmatismo. Ese es el motivo por el que Rorty prefiere a los autores que se comprometieron con proyecto de perfección privada a través de la literatura, como Marcel Proust. Los llama *ironistas liberales*, para designar su agudeza al señalar un problema eminentemente filosófico, al que dan respuestas narrativas parciales, importantes sólo para ellos. Que sean importantes para alguien más es afortunado, pero en el caso del talante del liberalismo ironista, algo azaroso.

Pero, finalmente, ¿cuál es el valor postmetafísico de esta postura acuñada a través de la hermenéutica neopragmatista?

4. Conclusión: la identidad metafísica como un asunto de excesivas seriedades

Los despliegues metafísicos ilustrados de la identidad no aceptarían jamás la caracterización recién elaborada. *Rechazan todo lo que pueda indicar debilidad, disponibilidad o apertura*. Son grandes concentradores, hostiles a la diversificación, centralistas y dados a la construcción de fortificaciones, de armas de defensa-ataque cada vez más precisas y sofisticadas. De lo que va el asunto para los cuatro es el de *adquirir y conservar el poder*, así que no dudarán en adoptar una postura beligerante ante cualquier amago o sugerencia de repensamiento de los propios presupuestos.

Por el contrario, todos los ironistas liberales se ocuparon de *su* pequeño léxico, de *sus* pequeñas contingencias. Se las apropiaron y integraron en un yo interesante, y convirtieron sus metáforas redescritas en obras publicadas con el solo propósito de contar sus pequeñas historias, insertas en un marco contextual mucho más grande, por lo que podrían no haber interesado a nadie, pero cuya novedad las convirtió en referentes notables, entendiendo referente como un estimulador del yo, un dispositivo generador de sentido a través de una relación de beneficio mutuo entre la obra y el lector. Esto se debe al concepto que se encuentra en su base, y que fue señalado por Nietzsche: “Del concepto «yo» es del que se sigue, como derivado, el concepto «ser»” (1998, p. 55). *La metafísica ilustrada de la subjetividad y los cuatro despliegues descritos tienen el sujeto en su vórtice*, como eje y fuente de tensión: se trata de la identidad autorreferente que está decidida a ser “siempre idéntica”, en un sentido lógico-formal que tiene una marcada tendencia a la inmovilidad y el anquilosamiento. Son Metafísicas de la Soledad, la Sospecha, el Dominio y el Unanimismo. El quinto despliegue no deja de tener el mismo compromiso teórico del dar-razones-competentes, pero no tiene ningún interés en situarse en el centro de un sistema general, *sólo en el centro del suyo*, y como una fuente de emanación que busca otras fuentes de emanación.

Los cuatro despliegues metafísicos de la conciencia, productos de la ilustración, siguen teniendo vigencia y su poder es incuestionable. Occidente está regido en la actualidad por las propuestas generadas por los filósofos hace alrededor de doscientos años. Son el fundamento de todas las estructuras, fuente de todos los principios y finalidad de todos los procedimientos que monopolizan los aspectos cruciales del ser humano. Por eso debe ser la misma filosofía la que señale los inconvenientes que los despliegues mismos generan. Aunque esa contribución se reduzca a hablar de una actitud marginal y un tanto excéntrica como la creación de sí a través de la interacción con la literatura.

El único camino que parece viable en este momento —lleno de pesadez, de sospechas y de miedo— es el de optar por una postura que tiene

lo mejor de la ética y lo mejor de la estética, de alcances limitados y resultados inciertos. Pero tener reservas frente a los resultados y una gran dosis de compromiso con las propuestas es una actitud diferente a la que está asociada a la autosuficiencia y altanería de las figuras sacerdotales ya señaladas: es diferente al despreocupado optimismo de la epistemología, inversa a la ética castigadora que brota de manos de los obtusos reaccionarios, y es más abierta que el frío cálculo concluyente con el que los críticos de arte parecen dar veredictos en los que culpan o absuelven impunemente obras que no pueden defenderse.

La apuesta por la desdivinización de la conciencia se aparta de todas esas grandilocuencias. Debe tener una gran dosis de mordacidad, de talante jovial, para no caer en el juego autorreferente de lo serio. Pues si el tópico que preocupa a un considerable sector de la reflexión filosófica actual es el del problema de la falta de cobijo que viene asociado con los convulsos movimientos de la globalización telecomunicativa y con la rapidez que han adquirido todos los medios de transporte, entonces las políticas de climatización y de invernaderos protésicos traen consigo y convierten en una prioridad las necesidades de mantener una *temperatura antrópica*, es decir, competente para cobijar seres humanos. La subjetividad postmoderna como producto de juegos de lenguaje y resultado de co-participaciones en lo inspirado —por el lenguaje los seres humanos son pupilos del aire—, solidario —la imposibilidad de estar solo— y estimulante —el *agon* de la cercanía que produce movilidad— *es ya en principio una ganancia por inclusión frente al solitario sujeto moderno que nunca sonríe.*

La identidad personal en clave de la hermenéutica neopragmatista acepta el compromiso teórico de tratar de dar buenas razones, y está abierta a la redescrición que se hace posible al abandonar las comodidades metafísicas y al enfrentar la contingencia. Este es el compromiso de los ironistas liberales como tanto Rorty, Jane Austen y, de modo especial: Michel Foucault, quien recomienda, antes los que siguen convencidos de que existe una “esencia humana”, no “oponer otra cosa que una risa filosófica —es decir, en cierta forma, silenciosa” (Foucault, 2005, p. 333).

Referencias

- Bauman, Zygmunt (2003). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Traducción de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide.
- (2004). *La sociedad sitiada*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Traducción de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide.
- (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. Traducción de Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide.
- Berkeley, George (1992). *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*. Alianza Editorial. Madrid. Traducción de Carlos Mellizo.
- Foucault, Michel (2005). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI Editores. México D. F. Traducción de Elsa Cecilia Frost.
- Hume, David (1984). *Tratado de la naturaleza humana*. Ediciones Orbis, S. A. Madrid. Traducción de Félix Duque.
- Locke, John (2000). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Fondo de Cultura Económica. México D. F. Traducción de Edmundo O’Gorman.
- Kant, Immanuel (2003). *Crítica de la razón pura*. Editorial Porrúa. México D. F. Traducción de Manuel García Morente.
- Nehamas, Alexander (2001). “The Sleep of Reason Produces Monsters.” *Representations*, No. 74, Philosophies in Time, Spring, pp. 37-54. Published by: University of California Press. Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/3176048>. Accessed: 22/07/2008, 19:51.
- (2002). *Nietzsche, la vida como literatura*. Fondo de Cultura Económica. Madrid. Traducción de Ramón J. García.
- (2007). *Only a Promise of Happiness. The Place of Beauty in a World of Art*. Princeton University Press.
- Nietzsche, Friedrich (1997). *Más allá del bien y del mal. Preludio de una filosofía del futuro*. Alianza Editorial S. A. Madrid. Primera edición de la biblioteca de autor. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual.
- Nietzsche, Friedrich (1998). *Crepúsculo de los ídolos o cómo se filosofa con el martillo*. Alianza Editorial S. A. Madrid. Primera edición de la biblioteca de autor. Introducción, traducción y notas de Andrés Sánchez Pascual.
- Platón (1999). *La república*. Alianza Editorial. Madrid. Traducción de José Manuel Pabón y Manuel Fernández-Galiano.
- Rorty, Richard (1991). *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona, Paidós. Traducción de Alfredo Eduardo Sinnot.
- Ruiz-Navarro, Catalina. Carta abierta a María Alejandra, Natalia y Ángela María Ordoñez. En: Periódico *El Espectador*, Columna de 17/12/2009, recuperado 20/12/2010, disponible: <http://www.elespectador.com/columna178010-carta-abierta-maria-alejandra-natalia-y-angela-maria-ordonez>
- Mujer soltera busca. En: Periódico *El Espectador*, 20/03/2009, recuperado 20/12/2010, disponible: <http://www.elespectador.com/columna-204228-mujer-soltera-busca>
- Rosaura, Cindy Paola. En: Periódico *El Espectador*, Columna de 15/07/2010, recuperado 20/12/2010, disponible: <http://www.elespectador.com/columna-213591-rosaura-cindy-paola>

Sloterdijk, Peter (2003). *Esferas I. Burbujas*. Editorial Siruela, Madrid. Traducción de Isidoro Reguera.

_____ (2004) *Esferas II. Globos*. Editorial Siruela, Madrid. Traducción de Isidoro Reguera.

_____ *Esferas III* (2006). *Espumas*. Editorial Siruela, Madrid. 2006. Traducción de Isidoro Reguera.

Sloterdijk, Peter y Heinrichs, Hans-Jürgen (2004). *El sol y la muerte. Investigaciones dialógicas*. Ediciones Siruela S. A., Madrid. Traducción de Germán Cano.